

Esto le había contrariado gravemente. Gabriel de Espinosa veía con extrañeza, y tenía razón para extrañarlo, la excéntrica conducta de Estéfana, su incalificable entrevista en la misma noche de su casamiento con César Malatesta, y esto le hizo recelar, y le puso en muy mala disposición de espíritu.

Vagó algún tiempo por los jardines, por ver si encontraba á Estéfana, y no consiguiéndolo, se fué á esperar, á cada momento más colérico, al lado de la laguna y al pié de la estatua de Niove, donde Estéfana le había dicho que volvería á buscarle.

XV.

Aún no habían pasado cinco minutos desde que esperaba, cuando se acercó á él lentamente una máscara magnífica, afectada de una manera completa en su modo de andar, que se comprendía no era su paso acostumbrado, y deslumbrantemente vestida con un ostentoso traje de patricia veneciana, y de patricia riquísima.

Gabriel de Espinosa ni aun llegó á sospechar que aquella dama fuese Sayda Mirian.

De tal manera desfiguraba ésta su paso, su actitud y hasta su estatura, encorvándose para parecer menos alta, porque, como sabemos, Sayda Mirian tenía una estatura aventajada.

Gabriel de Espinosa no estaba de humor de aventuras, y recibió de una muy mala manera á Mirian, que se había detenido cerca de él.

—Déjame en paz y sigue tu camino, lá dijo; no me conoces de seguro, y yo no quiero conocerte. Anda con Dios.

—Me causa pena que estés solo mientras Estéfana Barbarigo habla libremente con su antiguo amante César Malatesta.

—Mientes, dijo Gabriel de Espinosa; César Malatesta jamás ha sido amante de Estéfana.

—¿De qué mujer hermosa, jóven y patricia, no ha sido amante César Malatesta?

—Por qué haya sido amante tuyo, mujer, dijo con desprecio Gabriel, ¿ha de haberlo sido también de Estéfana? Véte.

—¡Amante mio! ¿Cuándo he tenido yo amante? exclamó Sayda Mirian, olvidándose de finjir la voz.

Gabriel de Espinosa la reconoció, tembló y se hizo atrás.

—¡Mirian! exclamó.

—Pues bien, sí, no quiero mentir más, no quiero encubrirme más, no tengo necesidad de mentir ni de encubrirme. ¡Sí, yo soy tu esposa Sayda Mirian! ¡Tu esposa ante Dios y ante los hombres, á pesar de tus traiciones, á pesar del Papa y del mundo entero! ¡La sultana Sayda Mirian, que se acuerda de que es africana, de que la debes la vida, de que la perteneces entero! ¡La sultana Sayda Mirian á la que siempre encontrarás á tu lado como la encuentras ahora, si no la matas, en lo que la harías un favor! ¡La sultana Sayda Mirian, que no ha podido hablarte cuatro palabras sin decirte: ¡yo soy Mirian que te ama á pesar de tu desagradecimiento y de

tus traiciones! ¡Que viene aquí á ponerse á tu paso, á irritarte, á obligarte á que la mates, porque prefiere morir á verte esposo de otra mujer!

—Yo no soy un hombre, dijo Gabriel de Espinosa dominado por la pasión que emanaba de la mirada, de las palabras, de la actitud de Sayda Mirian.

—Sí, es verdad, dijo Mirian; tú no eres un hombre, tú eres una fiera, que ni aún tiene amor á sus hijos.

—¡Yo soy rey! Yo me debo á mi reino, que sufre á un señor extraño; mi casamiento con esa mujer es una necesidad; por ella obtendré todo el favor de la República, porque ella es hija del senador Barbarigo, del poderoso Barbarigo, que dispone de los destinos de la República.

—¡Mientes! ¡Calumnias al generoso anciano que ha arrojado de sí á su hija Estéfana avergonzado de ella! ¡Mientes y calumnias á tu reino, porque el noble reino de Portugal vería con placer y sobre su trono á la mujer que todo lo ha sacrificado por su rey, que se lo ha salvado, que se lo ha conservado! ¡Pero mientes! Tú no eres rey, tú no tienes del rey don Sebastian más que la semejanza; el rey don Sebastian murió en Alcázar-Kivir; tú has sido conmigo un villano, y un rey no incurre jamás en una villanía.

Gabriel de Espinosa se puso encarnado hasta en lo blanco de los ojos é instantáneamente pálido con la densa palidez de la cólera, llevó instintiva y enérgicamente la mano á su puñal.

—¡Si, mátame! dijo Mirian; eso es lo que deseo; á eso he venido aquí; no importa que nuestra hija quede huér-

fana, porque el noble Barbarigo la ha obtenido la generosa adopción de la República de Venecia.

—¿Que hombre es ese? dijo Gabriel de Espinosa al ver cerca de Mirian á Yezid, que al poner Espinosa la mano en su puñal se habia acercado.

—¡Soy yo, Yezid el africano; Yezid, que se acuerda de lo que era hace diez y siete años la sultana Sayda Mirian, y vé lo que es ahora! ¡Yo, que por respeto á la sultana y estando ausente el emir Sidi-Yhaye, he debido pedirte cuenta de lo que has hecho, seas quien fueres! ¡Yo, que no te he dado el castigo que mereces, porque la sultana ha detenido mi brazo; porque la infeliz te ama, y yo soy su esclavo!

—¡Yezid! exclamó Sayda Mirian mientras Gabriel de Espinosa callaba, porque la terrible violencia de su cólera le enmudecía: ¡Yezid, véte!

—¡No! exclamó Yezid; no me apartaré de aquí hasta que ese hombre haya dejado de amenazarte, sultana.

—¡Véte! dijo Sayda Mirian, ¡retírate! Gabriel es demasiado noble, demasiado valiente, para ensangrentarse en una mujer.

Yezid se retiró lentamente y murmurando, como el mastin á quien su amo contiene.

—Hé aquí á lo que hemos llegado, dijo Sayda Mirian; pero yo no he traído á ese hombre, no, para que me defienda; yo no quiero más defensa contra tí, que mi dolor y mi infortunio; pero yo no podía venir sola; no puedo impedir tampoco que su lealtad le obligue á defenderme; deja pues de amenazarme, Gabriel; si me aborreces, si

necesitas mi sangre, yo me iré sola contigo, yo te seguiré donde puedas saciar en mí tu cólera sin que nadie lo vea, sin que nadie te pueda hacer cargo: ¿para qué quiero la vida, sino tengo tu amor?

Y Mirian se echó á llorar.

XVI.

Las lágrimas de Mirian apagaron la cólera de Gabriel.

No era un malvado, sino un loco, y se conmovió.

Comprendió todo lo terrible de la situación de Mirian, y sintió remordimientos.

Y entonces le pareció Mirian tan hermosa como Estéfana, y más pura, más enamorada que ella.

Entonces, en un momento de reacción, comprendió toda la enormidad de lo que había hecho, vió con cuánta razón estaba Mirian desesperada y resuelta á todo, y el recuerdo de su pequeña hija ardió en su corazón y le dominó.

—Yo estoy loco, dijo pasándose la mano por la frente, como si hubiera querido arrancar de su cerebro la locura.

—¡Sí, sí! ¡Eso es! dijo Sayda Mirian con ansia, aprovechándose de aquel buen momento; tú estabas loco, pero ya no lo estás, no, porque conoces tu locura, y yo te amo Gabriel; ¡yo te amo! añadió asiendo sus manos, y tú me amas también, ¡oh, Dios mío! tú amas á tu hija, á nuestra hija. ¡Si tú no podías dejar de amarme! ¡Si es que esa infame mujer te ha enloquecido! ¡Te ha engaña-

do! ¡Si esa mujer no te ama, no puede amarte! ¡Si ama á otro hombre!

—¡Qué ama á otro hombre! exclamó con la mirada vaga y el acento frío, pero colérico, Gabriel.

—¡Sí, á otro hombre que ha sido su primer amante! ¡A otro hombre á quien en estos momentos habla sin duda enamorada, allá en el pabellon del Laberinto, en un lugar en estos jardines que yo no conozco, porque yo nunca he venido! Pero nos lo dirán, sí, nos lo dirán; iremos los dos, y la sorprenderás en su traición.

Y sin dejar á Gabriel que contestase, Mirian se llegó á Yezid.

—Vé, le dijo, busca á uno de los criados, á uno de los servidores de estos jardines, y pregúntale por donde se vá al pabellon del Laberinto; vé.

Yezid se puso en marcha, y se alejó como temeroso de dejar sola á la sultana con Gabriel.

XVII.

—¡Oh! este es un sueño horrible, dijo Gabriel, pasándose de nuevo la mano por la frente.

Y luego asió las manos de la sultana, la miró con extravío, y exclamó:

—Pero esto no puede ser; yo no he podido olvidarme de tí sin un encantamiento; dicen que los venecianos conocen filtros que enloquecen, como conocen venenos que matan: ¡esa mujer!... ¡Estéfana!... ¿Dices que ella tenía aquí una cita con un hombre que ha sido, que acaso es su amante?

—¡Sí! exclamó con acento ardiente Mirian, acompañando su afirmacion con la ansiosa expresion de su semblante, y con un movimiento enérgico de cabeza.

—Ella, Estéfana, me habia dicho algo de eso, que queria matar á un hombre, porque era un peligro para mí, para ella.

—¡Miserable! exclamó con indignacion Mirian.

—Deja, deja, continuó Gabriel, en cuya mirada habia á cada momento más vaguedad; yo he sido débil; yo me he dejado arrastrar por ella á estos jardines; pero yo no habia consentido en el cobarde proyecto de asesinar á ese hombre, á ese César Malatesta; le hubiera matado yo á estocadas en el momento mismo en que se hubiera cruzado delante de mi paso; pero yo no sé asesinar; yo no puedo asesinar, yo no puedo incurrir en la infamia de aniquilar á un hombre bravo, tenido por invencible en Venecia, valiéndome de la mano débil y traidora de una mujer; yo estaba resuelto á no separarme de ella, á ponerme entre ella y él en el momento en que nos encontrásemos, y á concluir como concluye un asunto de honor un caballero; pero ella se me ha escapado perdiéndose entre la gente; ella ha ido....

—A ver á su amante, antes de ser tu esposa, dijo con desprecio Mirian; á convenir sin duda el medio de seguirte engañando, porque ella no matará á César Malatesta, no; le ama demasiado; por él ha caido sobre ella la maldicion de su padre; todo lo que ella te ha dicho no ha sido más que el principio de una farsa convenida, para confiarte, para seguir engañándote. ¡Oh! ¡La impura, la miserable, la infame! Pero vivia yo, estaba atenta yo; yo que soy

tu esposa, aunque el Papa te haya declarado libre; yo que te amo más que á mi vida, más que á mi salvacion; yo que he llegado á tiempo para decirte: despierta, mira lo que es la mujer por quien has olvidado, has sentenciado á la desesperacion y á la agonía, á tu buena Mirian, que te ama, á la madre de tu hija.

—Salgamos, salgamos cuanto antes de esta situacion, dijo con una colérica impaciencia Gabriel; has venido á despertarme y me has despertado; y al despertar, he visto á mis piés el horrendo abismo en que he estado á punto de caer; pero he visto tambien que se me burla, que se me escarnece, y necesito venganza.

—¡Qué más venganza que el desprecio! dijo Mirian; ¡qué más venganza que volver amante á mis brazos, romper ese decreto que nos separa, y vivir amantes, unidos por el amor de nuestra hija!

—César Malatesta creeria que le tenia yo miedo, dijo con acento sombrío Gabriel; unámonos en buen hora: yo lo deseo; pero que nadie pueda decir que yo he tenido miedo; vamos á buscar á ese hombre.

—¡Oh! ¡Si te mata, Gabriel!... dijo Mirian juntando las manos; dicen que es terrible, que nadie resiste su espada.

—Por lo mismo es necesario probar si él resiste á la espada que en Africa me rodeó de cadáveres, antes de que mi mano inerte la soltase.

XVIII.

En aquel momento apareció Yezid, cuyo rudo y terrible semblante se dulcificó al ver á Gabriel y á Mirian cariñosamente asidos de las manos.

—Al pabellon del Laberinto, dijo acercándose, se vá por entre esos árboles de la izquierda, siempre adelantando, y torciendo siempre á la derecha.

Oír esto Gabriel de Espinosa, desasirse de las manos de Mirian y partir á la carrera hácia los árboles de la izquierda, fué cosa de un momento.

Mirian y Yezid le siguieron.

Y así, en paso rápido, él delante y ellos detrás, entraron en el Laberinto, le atravesaron y llegaron á su centro en el momento en que Estéfana y César Malatesta se encaminaban asidos el uno del otro á la salida del Laberinto.

XIX.

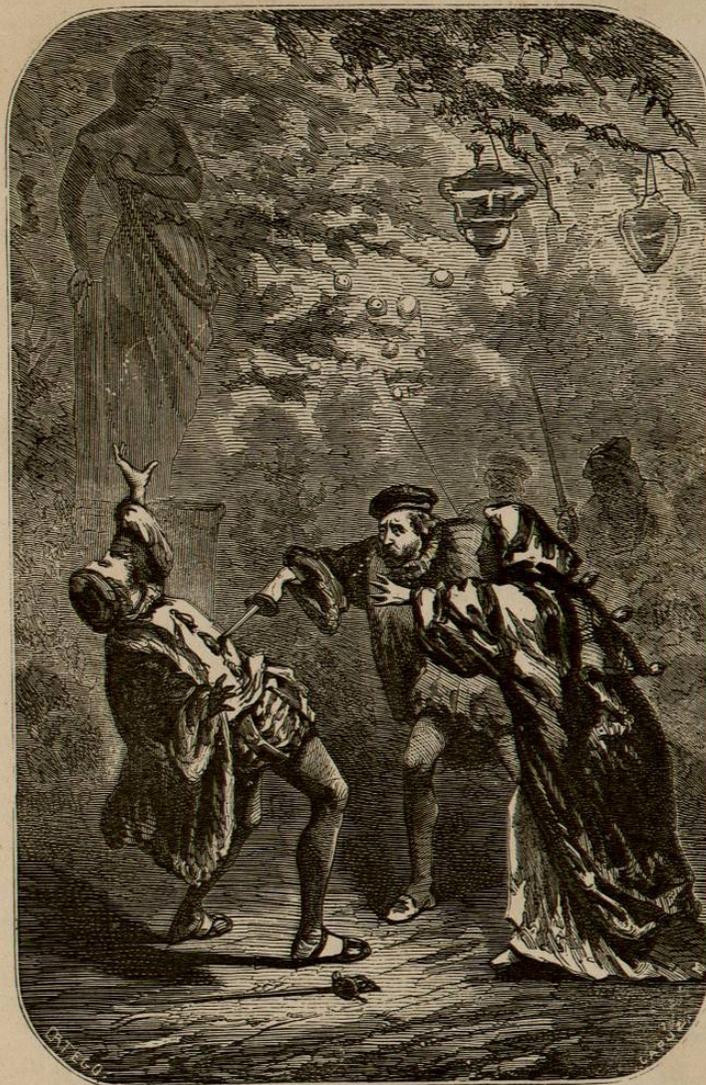
Gabriel de Espinosa comprendió á primera vista, en la manera de apoyarse Estéfana en el brazo de Malatesta, que le amaba.

La rábia de verse burlado, la traicion descubierta porque Gabriel apareciendo de repente habia sorprendido el descuido de su amor, obraron en Gabriel de Espinosa con la fuerza y rapidez de la electricidad.

Ciego de cólera, rugiendo como un leon hambriento, se lanzó espada en mano sobre César Malatesta, que apenas tuvo tiempo para desnudar su espada.

De una parte Brachioforte, y de la otra Yezid, se lanzaron con las espadas desnudas para interponerse; pero habian llegado tarde.

A pesar de la destreza, del valor y de la serenidad de César Malatesta, habia sido desarmado á la primera em-



Se lanzó espada en mano sobre César.

bestida de Gabriel de Espinosa, y habia recibido una tras otra en el pecho tres furiosas estocadas, tiradas con una rapidez horrible.

Quando llegaron junto á Gabriel el esbirro y el corsario, quando Mirian se abrazó á él convulsa y aterrada, César Malatesta estaba por tierra arrojando la sangre á borbotones por sus tres anchas heridas.

Afortunadamente para Estéfana, Mirian habia abrazado á Gabriel de Espinosa, y Brachioforte y Yezid se habian interpuesto.

De otro modo Gabriel de Espinosa hubiera cerrado á estocadas con Estéfana despues de haber tendido á Malatesta.

Porque Gabriel de Espinosa estaba enbriagado por la pasion febril que le habia inspirado Estéfana, y la rábía, el dolor, los celos le enloquecian.

Estéfana se lanzó sobre César Malatesta y se tiñó en su sangre.

—¡Muerto! exclamó lanzando un grito horrible, vibrante, agudo, arrancado del fondo de su alma.

Y luego, alzándose rígida, cubierto de extensas manchas rojas su blanco traje, con la mirada fiera y centelleante, con los brazos temblorosos y extendidos hácia Gabriel de Espinosa, gritó:

—¡Maldito seas tú y que su sangre y mi desesperacion caigan sobre tu cabeza, y que me vengue de tí la mano de un verdugo!

Y vacilando luego, é inclinándose hácia el cadáver, cayó sobre él con los brazos extendidos.

—¡Ah! exclamó Gabriel de Espinosa envainando su espada y lanzando una larga y hueca carcajada; ¡yo estaba loco!

Y se volvió á Mirian, la estrechó entre sus brazos, y exclamó:

—¡Tú sí que me amas!

Luego se volvió, y llevando á Mirian asida de la mano, se alejón paso lento.

Yezid los siguió.

Brachioforte envainó su espada y se quedó inmóvil al lado del cadáver y de Estéfana, que estaba desmayada sobre César Malatesta.

XXI.

En Venecia brotaban los esbirros de entre la yerba, de los troncos de los árboles, de debajo de las piedras, de las paredes, del pavimento, del fondo de los canales, de todas partes, en cuanto un hombre daba el más ligero motivo para ser preso.

Aún no habia entrado entre los árboles Gabriel de Espinosa, y ya cinco ó seis esbirros, que no se sabia de dónde habian salido, se dirigian á él.

Brachioforte tocó un silbato y todos aquellos esbirros se detuvieron y vinieron alrededor de Brachioforte.

—Nadie prenda á ese hombre, dijo Brachioforte, de orden del Consejo de los Diez; levantad á esa dama, llevadla al pabellon y que sea socorrida; quedáos dos de vosotros junto á ese cadáver y que nadie le toque.

Despues de esto Brachioforte partió, atravesó el Laberinto á buen paso, salió de los jardines de Apolo, entró en una góndola, y dijo al gondolero:

—Al palacio Conti.

XXII.

Brachioforte habia cumplido con su deber, dejando ir libre á Gabriel de Espinosa.

La orden que le habia dado el secretario del Consejo de los Diez, Rugiero Maffei, decia lo siguiente:

«Que ningun dependiente de la República prenda al extranjero Gabriel de Espinosa, sea cualquiera el delito que cometiese. Pero que se dé parte inmediatamente de lo que hubiese hecho al Consejo de los Diez.»